

XXIV

Decíme: ¿A vos te gusta el Tigre? No, no te hablo del mamífero forrado con su piel vanidosa, sino de las islas estupendas donde el chúcaro dorado pelea con el pescador de hombre a hombre. Donde arden los duraznos envueltos en pelusa y roncan aquellos mosquitos atléticos para quienes las espirales son un delicado manjar que echa humo: ¿Te gustan las islas de ese Tigre? ¿Verdad que sí? Claro, habrás viajado por esos riachos con el bote bajo el brazo frente a un desfile de ceibos redundantes o de sauces desconsolados. Yo también viajé. Y ¿sabés lo que vi? Algo nuevo y sorprendente. Vi barcazas para el transporte de frutas, por ejemplo, que tenían pintados nombres sobre el costillar de madera; pero no nombres de personas famosas, ni siquiera esos letreros pintorescos con que los isleños bautizan su lanchón o su canoa... ¡qué sé yo!: *El Paraíso, Rosita, Stella Maris, Paraná Mini*. ¡No, no!, los que yo vi eran nombres y apellidos, ¿sabés? Pero no Leonardo de Vinci, ni Juan de Garay, sino Pedro Pérez, Abelardo Mendiondo, Fulano de Tal. ¿Sabés cómo bautizan en los astilleros nacionales a las barcazas del transporte fluvial? Con el nombre y apellido de un obrero que trabajó en la construcción de esa barcaza. ¡El nombre y apellido de un obrero que se distinguió en esa construcción!

Es un detalle precioso, no me digas que no. Vos y yo sabemos perfectamente en qué pozo vivía el obrero y hasta a qué superficie de dignidad lo han elevado ahora. Y este detalle que te revelo, esta aparente tontería que acaso te haga sonreír con displicencia es al mismo tiempo un símbolo, un síntoma y una definición. Claro, un hombre que construye un barco no es un prócer, no, no; pero es un hombre, y su trabajo merece una medida de respeto, y esa medida no es, simplemente, recibir unos pesos más de sueldo, sino adornar el sueldo nuevo, la consideración nueva, ¡el amor nuevo!, con este halago que es al mismo tiempo candoroso y profundo. ¿Verdad que sí, que es, y que vos comprendés el significado de llamarle *Juancito Varela* a una lancha que podría llamarse *Flor del Delta*, *Camalote* o *Surubí Tristán*? ¡Claro, a mí no me vas a contar que el símbolo no entra en tus sentimientos o por lo menos en tus ideas! No sólo tiene importancia uno mismo; quienes nos rodean también son importantes, pero no siempre nos acordamos de esta verdad elemental. Por eso durante largos años el obrero vegetó en la miseria, el vapuleo y el anonimato, mientras las barcas tenían nombres negligentes y se metían agua adentro sin un detalle de amor. ¡Por qué ríos diferentes navegamos ahora! ¿Cierto que sí? Muy diferentes. El obrero es ahora dueño de su vergüenza y se mueve en el mundo de su trabajo, no como una cosa nunca identificada, sino como una cosa en potencia, que puede mejorar el destino de sí mismo y de sus aparceros. Si él está en lo suyo, si nadie como él entiende lo suyo, entonces ¿cómo no va a intervenir en el desvelo y el amparo de sus intereses? ¿Y cómo no va a tener un nombre para que se lo pinten en las cuadernas de un chinchorro? Y yo he visto ese nombre flotando cerca de la flor lila de un camalote y frente a un público de bogas y mandubíes. ¡No, vos no

podés decirme que este detalle casi ingenuo con el que se iluminaron las palabras de nuestra noche termina en sí mismo y no tiene una trascendencia solidaria, un doble fondo donde se mueven todas las palomas del mago, con unas preciosas ganas de volar! ¿Verdad que cuando vuelvas al Tigre y te apoyes en el álamo pensarás en esta creación de la barcaza que no se llama *Ene Ene* sino *Pepe González o Bartolomé Mendieta*? ¡Vas a pensar! ¡A mí no me digas que no le encontré una marejada nueva a tus pensamientos! ¡No, a mí no me la vas a contar!

XXV

¿Te acordás, Mordisquito? Tu patria fue la patria de Jorge Newbery, ¡y aquellas proezas de criollo lindo, aquel fervor de gaucho que sabe mecánica —y mezcla la prosa del fuselaje con la poesía de la nube—, sólo eran recuerdos sin confirmación! Entonces un viaje en aeroplano era un momento histórico en la vida de una familia, y dentro de la parentela se mencionaba con respeto al primo Pepe, porque te decían: «¿Vos no conocés a Pepe? ¿Cómo no conocés a Pepe? ¡Es el que voló!» ¿Verdad que te acordás, Mordisquito? Y no te estoy hablando de aquellos años ruidosos de Matienzo, Teodoro Fels, Zanni. ¡No, no! Estoy recogiendo el hilo de un barrilete que movía la cola allí no más, cerquita, en el centro de los años sin inquietudes, cuando esta patria ahora redimida no era nada más que un inmenso loteo y un pretexto para la bandera de remate. El transporte aéreo tenía una manera: la de la indiferencia. Sobre tu cabeza, que entonces tenía pensamientos pero no ideas, aparecían volando a intervalos las máquinas de alguna sociedad mixta. Pájaros que roncaban en otro idioma —vos sabés por qué te lo digo—. Si entonces no era tuya la tierra, ¿cómo podía ser tuyo el cielo? Y el aire estaba administrado a medias entre el chingolo y un capital que transpiraba divisas.

¡Qué distinto reluce ahora el firmamento del país que te dieron! Ya el viaje en avión —avión tuyo, avión que ronca en criollo— no es la proeza que convertía a Pepe en el niño mimado de los cumpleaños. «¿Conocés a Pepe? ¿No sabés quién es Pepe? ¡El que voló!» ¡Y ahora qué me importa! ¡Yo también volé! ¿Cómo no voy a volar si me crearon esa deslumbrante fiesta de Ezeiza? ¿Cómo no voy a volar si vienen a buscarme a los pies de la cama y me dejan justo en el metro cuadrado del mapa que yo apunto con el dedo y que de pronto es Europa y de pronto es Trelew? Vos me conocés y sabés que prefiero hablarte con montones de ideas, no de números, ¡con bolsas de pensamientos, no de cifras!, pero a veces la estadística exhala poesía, Mordisquito. ¡El amor de las evidencias, el amor de los privilegios y de las conquistas! Hace cinco años nuestras líneas —oí bien, dije *nuestras líneas*— cubrían servicios regulares sobre 5.200 kilómetros de distancia, y ahora cubren 53.200. ¿Y entonces, para qué voy a darte más explicaciones, si la diferencia que va de *cinco mil a cincuenta mil* tienen que subyugar tu espíritu de hombre moderno, que añora la diligencia del museo de Luján pero que se mete alegremente en la carlinga de un *Déle*¹ ¡A mí no me vas a contar que estos números no tienen belleza, Mordisquito! Y tengo más, tengo un montón, ¡una marejada de números, una patria de números! En 1950, Aerolíneas Argentinas ha transportado ¡50.000 pasajeros más que en 1949! ¿Oíste? *Cincuenta mil*. ¡No fueron los once muchachos de Rácing que volaron a Europa! *Cincuenta mil*, dije, y repito la cantidad contento de los ceros que tiene, la repito para

¹ El *Déle-Déle* fue un avión de combate de fabricación nacional producido a partir de 1944. (N. del E.)

que avance sobre tu resentimiento y convierta esos hombres que se encogen desdeñando en las cejas que se alzan admirando. Porque a mí no vas a decirme que no comprendés la importancia que para el país de tus amores tiene este incremento infatigable y ruidoso de los transportes aéreos y de las obras aeronáuticas que desde cinco años atrás convierten al antiguo cielo de la hipoteca en este deslumbrante firmamento de la autonomía, la proeza y la liberación. ¡No, Mordisquito, ya se marchó la época de la volanta y del sulky! Ahora estamos vos y yo moviéndonos en las manos de la velocidad, y entonces no podés contarme que preferís aquella tradición a base de bueyes picaneados, y no este incesante despliegue de máquinas movidas por una iniciativa de progreso y amor. ¡No, a mí no me la vas a contar!

XXVI

Oíme, Mordisquito: alguna vez te hablé de confusio-
nismo, de los rumores, de las calumnias, de todo ese in-
fame y misterioso río de noticias falsas que echan a rodar
los resentidos. ¡Claro, ellos no pueden mostrarnos her-
mosas realidades y entonces buscan el desquite de las
mentiras sin dignidad y sin heroísmo! Y ellos, los que
desde hace años te dicen sigilosamente: «¡Se va a venir
una!», éstos mismos son los que ahora te ponen una mano
en el hombro, miran hacia los costados, se agachan y
te dicen: «¡Atenti! ¡Ojo! ¡La que se viene el veintidós!»
¿Y qué se viene el veintidós? ¿Qué es lo que se viene?
¡2.000.000 de personas, eso se viene! No te estoy ha-
blando de 200 comparsas para gritar cualquier cosa; no
te hablo de una claqué de cincuenta. Te estoy hablando
de ¡DOS MILLONES DE ARGENTINOS que vienen a defen-
der un mundo de conquistas enormes! ¡Que han encon-
trado la felicidad en ese mundo y que no quieren perderlo!
Dos millones que harán ruido. Claro, no van a marchar
por las calles con pasos de minué, sino gritando hasta
dejarte sordo, alegres, contentos y satisfechos. ¡Cómo
no, si es el pueblo mismo! Dos millones que encenderán
las fogatas de una fiesta bochinchera, todo calor y luz.
Y los profesionales del chisme quieren obscurecer la

maravilla de ese día sin límites inventando un peligro que no existe, una angustia que no se prepara: «¡Ojo! ¡Cuidado! ¡Compren víveres! ¡No salgan a la calle! ¡Shhh! ¡Atenti! ¡Que no falte comida! ¡Shhh!» Pero, ¿de qué «comida» me hablás? Pero, ¿por qué «víveres»? Pero, ¿por qué «no salgan a la calle»? ¿Es la guerra? No, no es la guerra. Al contrario, es la paz de los trabajadores porque habrá gritos y canciones y banderas, ¡pero es la paz! Claro, a vos te gustará más una audición de boleros o un concierto en la Wagneriana; lo entiendo, porque hay músicos y músicas que a vos no te llegan pero a mí sí, a millones y millones sí. ¿Y a mí me vas a contar que, millones de hombres que vienen a defender un privilegio, un nombre y una idea es sólo porque... porque sí? ¿A mí me la vas a contar? ¡No, a mí no me la contás! Dame la espalda si querés; dale la espalda a toda esa fiesta que conmueve a muchos y que no hiera a nadie; colocáte en una postura negligente, fumá tu cigarrillo envolviéndote en una selva de humo; silbá un guaresón o miráte las uñas, ¡hacé lo que quieras; pero, oíme, a mí, y si no a ellos, a los dos millones de la estupenda fecha, oílos, no como se oye un rumor de esos que ahora están de moda, sino de una manera más leal y más argentina, porque el rumor es una agachada y lo que ellos quieren decirte es una preciosa altivez! Sí, yo no te niego que los que están contentos cantan, gritan, castigan el parche de sus corazones fuertes y satisfechos, y no avanzan bailando de punta sino con un redoble de botines sonoros. Y esto es lo que va a pasar el 22. Pero nada más que esto, y... ¡todo esto!: El pueblo de tu patria, el pueblo ayer explotado y hoy redimido que puede salir a la calle a gritar lealmente su amor y su pensamiento sin que lo muelan a palos. No, no, eso ya pasó. Eso es la pesadilla de antes y esto será el sueño de hoy. Por eso no le hagás caso

al intrigante que fabrica una historia mezquina y que te dice: «¡Shhh, ojo, peligro! ¡Las mujeres y los niños primero! ¡La que se viene el 22!» ¿Y qué se viene? ¿Ya te dije lo que viene? ¡No 2.000.000 de rencorosos que salen a pelear sino 2.000.000 de trabajadores agradecidos que salen a proclamar su fervorosa adhesión y su reconocimiento! ¿Y a mí me vas a contar que no preferís esta lealtad de los que gritan una verdad argentina a la infamia de los que murmuran? ¡No, a mí no me la vas a contar!

XXVII

¡Ah!, ¡qué gracia! Claro, a vos te hablan de las escuelas que ahora brotan aquí y allá, a derecha e izquierda, con una doméstica velocidad de alpiste, y despreciás. ¿Sabés por qué? Dejáme que te lo diga. Porque vos naciste, no a la orilla del arrabal ofendido por el conventillo y atravesado por la zanja; no allá lejos, en el dolor de una provincia olvidada o de un territorio maltrecho, sino que naciste en el barrio cómodo, dentro de una familia confortable, a una cuadra del colegio. ¡Todo servido para vos! Este recuerdo de la infancia que tuviste te hace suponer que todas las infancias fueron como la tuya y que todas las criaturas argentinas tuvieron siempre un pupitre para clavar el tiralíneas. No, Mordisquito, hubo una realidad muy diferente. Triste realidad. ¡Dolorosa realidad! Vos no conociste el drama de los changos descalzos que llegaban en burro a la escolita, una escolita de barro y de arañas y que no quedaba, como la tuya, a los pies de la cama, sino a una legua, a dos, a diez, ¡tan lejos de la casa y tan cerca del hambre! Vos no has recorrido aquellas viejas escuelas, que no eran edificios sino ranchos donde se agolpaban al mismo tiempo y en el mismo curso chicos de todas las edades, en una mescolanza de años y de programas que no podía evitarse porque dentro

de esa miseria sólo se movía un maestro, un maestro prócer que tocaba la campana o cerraba una planilla o barría el aula. Un hombre que era, ¡al mismo tiempo!, maestro y director, maestro y portero. No, Mordisquito. Vos nunca conociste este conmovedor sacrificio de las criaturas que querían aprender y de los maestros que se morían de hambre para enseñar. Vos, ya sabemos dónde habías nacido y a qué colegio te llevaron. Todo a mano, allí cerquita, con la maestra que fue tu primera novia, la sala de ilustraciones con el esqueleto y el caramelero que vendía turrón japonés. Por eso te dicen que en los últimos cinco años se han levantado en tu patria más escuelas que en los cien años precedentes, y la estadística te resbala encima como un caracol en el azulejo, dejándote una huella que no entra y que, secándose, desaparece. Pero no, Mordisquito, vos no tenés que ser así. Yo no critico la niñez dichosa que tuviste. No, no; al contrario: en buena hora disfrutaste de ella. ¡Y ojalá la hubieran tenido todos! Pero te pido que ahora que todos los niños argentinos pueden vivir los años venturosos que viviste vos, ahora, Mordisquito, vuelvas tu mirada a lo que hubo, ¡sepas lo que hubo!, y que al mirar lo que hay tu negligencia se convierta en aplauso y tu menosprecio en admiración. Desde 1949, ¿sabés qué promedio se viene entregando a la niñez y a la juventud? Caéte: ¡una escuela por día! ¿Entendiste? No, no hablo con símbolos sino con cifras: ¡cada día una escuela nueva! ¡Alpiste, Mordisquito! Y no es únicamente el colegio del barrio, el *cole* del balero, la payanita y las discusiones sobre Tesorieri, Bidoglio y Mutis. No, no; es el río de los colegios que avanza buscando todas las esquinas de la patria, los colegios que buscan al chango o al gurí o al pibe y le salen al paso con un redoble de pupitres barnizados y de campanas que ya no son como antes, —¡un cencerro atado con un

piolín!—. ¡Escuelas y escuelas en el cañaveral, en la montaña, en la pampa, en la salina o en el obraje! ¡Una escuela por día, Mordisquito! ¿Hace falta que te diga más? ¿O es posible que ese promedio inusitado, casi fantástico, no quiebre tu oposición sin fundamento y no te convenza por lo menos de esta realidad? Porque a mí no los vas a decir que los números no hablan y que los números no persuaden. ¡No, a mí no me la vas a contar!